

pronto, de aquellos pechos abrumados de fatiga se escapó un inmenso *hurra*, y hasta los heridos se levantaron para unir sus gritos á los de sus compañeros. A dos ó trescientos metros detrás se acababan de oír los rápidos y arrebatadores toques de las cornetas y el ruido de pasos acelerados que se aproximaba rápidamente; al través de las brumas algo disipadas, se divisaba el brillante color de los pantalones encarnados que se destacaban sobre los tintes grises del horizonte. Eran los soldados de Bourbaki, era el auxilio, el auxilio verdaderamente salvador que llegaba cuando parecía que todo se había perdido.

Los rusos habían formado delante de la *batería de los sacos de tierra* y se preparaban á arrojar sobre los campamentos ingleses. Afortunadamente para nuestras armas, los soldados moscovitas habían operado este movimiento con alguna lentitud. En presencia de nuestros uniformes, se produjo en sus filas una especie de vacilación. Ignoraban el corto número de sus nuevos adversarios y retrocedieron instintivamente hacia la trinchera. Aprovechándose de esta indecisión, los franceses empezaron á envolver la batería. A la derecha, el 6.º de línea arrojó al regimiento de Selenghinsk mucho más allá de la obra de defensa tantas veces perdida y recuperada: á la izquierda, el 7.º ligero avanzó por el camino viejo de Posta, persiguió á los soldados de Iakoustk y los arrojó hacia el barranco de las Canteras. Pero el enemigo, vuelto de su sorpresa, observó que no se hallaba en presencia de un cuerpo de ejército, sino de unos cuantos centenares de hombres. Selenghinsk é Iakoustk volvieron á tomar la ofensiva. Bourbaki replegó sus soldados y cedió á su vez el terreno tan rápidamente ganado. Retrocedió, no sin crueles pérdidas. Entonces fué cuando cayó mortalmente herido el coronel del 6.º de línea, Sr. de Camás. Los rusos atacaban tan de cerca á nuestras columnas que la bandera del regimiento iba á caer en sus manos. «¡Muchachos, á la bandera!» exclamó el teniente coronel cogiendo el asta, y los soldados se agolparon en torno de él. Nuestros batallones se replegaron, pero ordenadamente y dando mortíferas descargas. Llegaron por último á las líneas inglesas, después de una acción que no había sido coronada de un éxito completo, pero que había dado, sin duda, al resto de los refuerzos franceses el tiempo de llegar.

Los minutos que transcurrieron luego fueron llenos de ansiedad. Si con un vigoroso impulso los rusos tomaban la ofensiva, estaba decidida la batalla. Esta vez también el enemigo les ganó en prontitud. El general Bosquet apareció en el teatro del combate; con él avanzaron á paso de carga cuatro compañías de cazadores de infantería, seguidos de cerca por un batallón de zúavos y un batallón de cazadores argelinos. Retronó una nueva aclamación; los ingleses saludaban la segunda intervención de Francia.

Entonces llegó el momento decisivo. Los cazadores de infantería abordaron la *batería de los sacos de tierra*: á la izquierda, en el *camino viejo de Posta*, el 6.º de línea y el 7.º ligero volvieron á formar para una segunda carga; á la derecha, los zúavos y los cazadores argelinos atacaron por el flanco la trinchera inglesa. Todas las crónicas de la época, todas las narraciones de los contemporáneos popularizaron é hicieron famoso este último episodio del combate. En las crestas y en medio

de las malezas, zúavos y cazadores argelinos «saltaban, según se dijo, como panteras (1):» su uniforme extraño, su cutis bronceado, su agilidad en manejar la bayoneta, su furia en el ataque, todo contribuyó á desconcertar á sus adversarios. Impresionados por aquella aparición fantástica, cansados de combatir, casi privados de municiones, los rusos abandonaron de nuevo la batería y fueron otra vez arrojados hacia el barranco de las Canteras. Apelando á toda su energía, los soldados de Iakoustk y de Selenghinsk intentaron recuperar las posiciones perdidas. Muchos de los nuestros sucumbieron en esta última refriega; el mismo Bosquet se vió un instante envuelto. Pero acudieron refuerzos de todas partes: el 4.º de cazadores de Africa, un nuevo batallón de zúavos, el 50.º de línea, y, en lontananza, la brigada de Monet, destacada del cuerpo bloqueador. Arrollados por estas tropas frescas, impotentes á pesar de su valentía, los rusos ya no piensan más que en asegurar su retirada.

Esta misma retirada fué tan penosa como sangrienta. Acorralados hasta las crestas que dominan el valle del Tchernaiá, los soldados del regimiento de Selenghinsk fueron precipitados desde la cumbre de los escarpamentos; muchos se lastimaron en su caída ó expiraron sin socorro en el fondo de los barrancos. El grueso del ejército ruso retiróse, por un lado, hacia el puente de Inkermann y, por otro lado, hacia el extremo de Karabelnaia. Lo más difícil fué salvar las piezas de artillería: eran muchas, difíciles de manejar, á menudo privadas de caballerías y de arreos. Apostado en la colina de los Cosacos, el regimiento de Vladimiro protegía la retirada, y en tan ingrata tarea experimentó terribles pérdidas. Ni siquiera más allá de la meseta escapó el enemigo á nuestro fuego. Cerca de las dos, al desfilarse las tropas rusas por el dique y el puente del Tchernaiá, instalóse una de nuestras baterías en el borde extremo de las alturas y causó grandes destrozos en las masas compactas que ganaban la orilla opuesta. La carnicería no cesó hasta la llegada de dos vapores que, acoderándose en la rada grande, atacaron por el flanco la batería y la obligaron á retirarse.

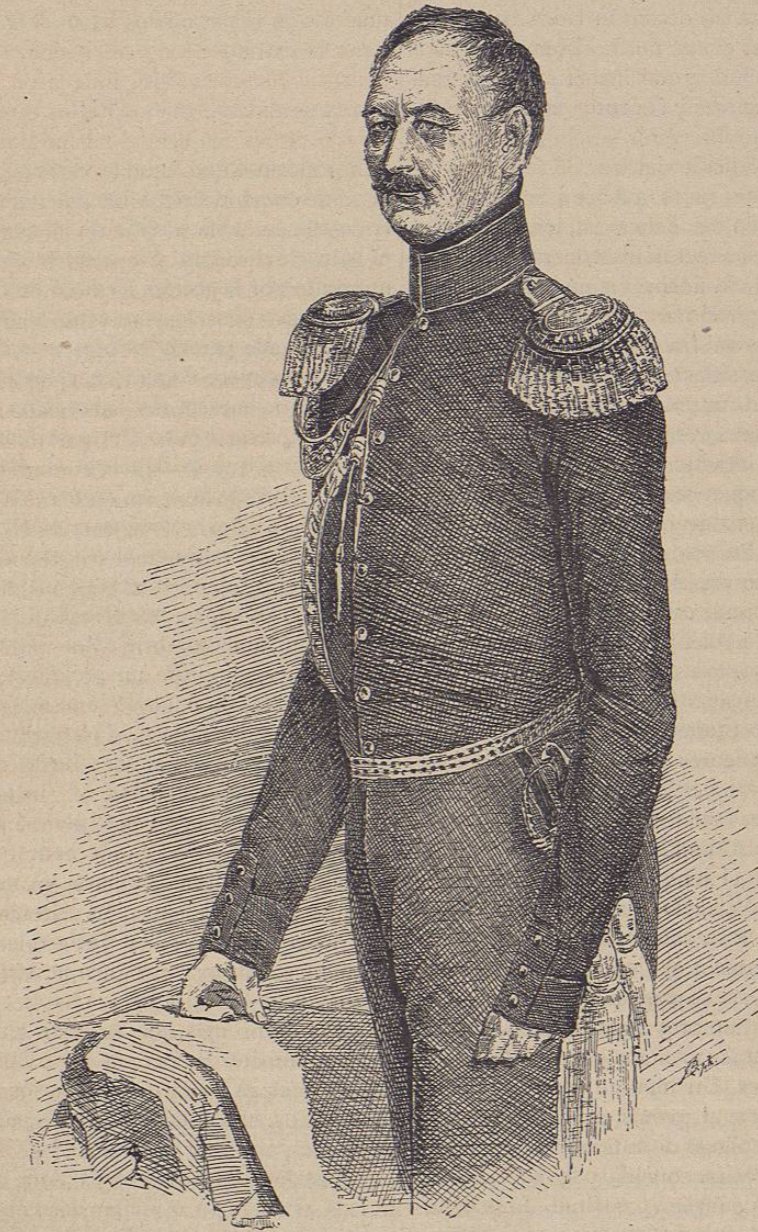
El ataque principal de los rusos había fracasado. En cuanto á las dos diversiones que habían de secundarlo, la del príncipe Gortchakof hacia Balaklava no merecía ser mentada, tan floja é ineficaz resultó. La intentada contra nuestro cuerpo sitiador fué más seria y estuvo mejor dirigida. A las nueve y media, en el momento en que la batalla era más encarnizada que nunca cerca del campamento inglés, el general Timofeief, con una fuerza de 3.000 hombres, había salido de Sebastopol por la parte del bastión de la Cuarentena y se había arrojado sobre nuestras baterías, desorganizando algunas. Pronto había sido vigorosamente perseguido y obligado á retroceder hacia la ciudad. Pero esta persecución se había convertido en derrota para los nuestros; pues nuestros soldados, dejándose llevar de su entusiasmo hasta el pie del bastión, habían sido recibidos con una granizada de balas y obuses; habiendo avanzado demasiado, habían tenido que retroceder bajo el fuego del enemigo, perdiendo en esta retirada 900 hombres, entre ellos su

(1). Parte del general Bosquet (*Monitor* del 3 de diciembre de 1854).

jefe, el general Lourmel, víctima de su imprudente ardor.

Tal fué, en conjunto, la batalla de Inkermann, inmenso asalto intentado por los sitiadores contra el punto flaco de nuestras líneas. Los rusos debieron su derrota sobre todo á las modificaciones del plan primitivo, modificaciones concebidas á última hora y oscuras

berg fueron demasiado equívocas para disipar la incertidumbre en el espíritu de sus tenientes. Puesto entre los planes de Menschikof y las nuevas instrucciones de su jefe inmediato, Soimonof pareció mezclarlas. Según las órdenes de Dannenberg, adelantó por la mañana la hora de salida, de modo que necesariamente tenía que



El príncipe Gortschakoff

además. La idea del príncipe Menschikof era que Soimonof y Pavlof hiciesen su conjunción en la meseta de Inkermann y librasen con sus fuerzas combinadas un ataque único. El general Dannenberg, temiendo que estos dos cuerpos de ejército no pudiesen desplegarse á sus anchas en tan reducido espacio, imaginó dos ataques distintos: el de Pavlof de frente hacia el campamento inglés, y el de Soimonof en un movimiento envolvente por la orilla occidental del Carenaje. El segundo plan podía asegurar la victoria tanto ó mejor que el primero; pero con la condición de sustituirlo franca y totalmente. No sucedió así: las órdenes de Dannenberg

llegar antes que Pavlof y reñir una acción aislada; por otra parte, recordando las ideas de Menschikof, atravesó el Carenaje y avanzó en derecha hasta la meseta, en vez de seguir á lo largo de la orilla occidental del barranco y cortar las posiciones inglesas. Perdióse, pues, á la vez el beneficio del ataque en masa que hubiera deseado Menschikof y la ventaja del movimiento de flanco que quería Dannenberg. Todo lo demás se resintió de este punto de partida. Los rusos tenían una inmensa superioridad numérica, y la perdieron en parte haciendo entrar sus efectivos en acción uno después de otro. Las tropas de Soimonof fueron las primeras que

se presentaron en el campo de batalla, y habían sido ya casi rechazadas cuando los regimientos de Tarutino y Borodino, adelantándose al cuerpo de ejército de Pavlof, entraron en línea; y á su vez los batallones de Tarutino y Borodino estaban ya fuera de combate cuando Pavlof libró su segundo ataque. Todas estas desventajas hubieran quedado tal vez compensadas si el príncipe Gortchakof, en su diversión hacia Balaklava, hubiese atraído sobre sí el cuerpo de observación francés. Pero ya hemos dicho de qué manera fracasó esta maniobra. Entre los ingleses y los rusos igualmente extenuados, Bosquet pudo intervenir á tiempo, y con sus tropas descansadas decidió la victoria.

Mientras los batallones rusos volvían á Sebastopol ó á su vivaque al otro lado del Tchernaiá, los coches del tren y de las ambulancias recorrían la meseta, ya invadida por las sombras de la noche, y empezaban á recoger á las víctimas. No se vió nunca tarea más laboriosa ni más lamentable. Se habían batido en tan reducido espacio, que en muchos sitios el suelo desaparecía bajo un verdadero montón de muertos y heridos. Sobre todo cerca de la *batería de los sacos de tierra* el horror de la escena desafiaba toda descripción. «¡Qué matadero!» exclamó el general Bosquet pasando por aquellos desolados sitios (1). La palabra quedó, y la fortificación inglesa fué llamada la *Batería del Matadero*. Hasta de los partes oficiales se desprende una impresión de dolorosa piedad. «No vi nunca espectáculo igual al del campo de batalla.» Así hablaba lord Raglán, aquel veterano de las grandes guerras (2). Al cabo de algunos días, los datos de los regimientos y de las ambulancias permitieron sumar las pérdidas. De 8.200 hombres entrados en acción, los franceses habían tenido, aparte de la brigada de Lourmel, 793 bajas entre muertos y heridos. Los ingleses, que habían concentrado en Inkermann todas sus fuerzas disponibles, á excepción de la brigada Eyre, dejada en el bloqueo, y la brigada John Campbell, reservada en Balaklava, contaban 2.816 hombres fuera de combate. En cuanto á los enemigos, de 34.000 combatientes, había 2.988 muertos y 6.151 heridos. A estas cifras, ya tan espantosas, las estadísticas rusas añadieron 1.590 hombres desaparecidos. ¿Eran desertores? El ejército ruso contaba pocos. ¿Prisioneros? Hicimos muy pocos. Un lúgubre descubrimiento aclaró más tarde, en parte al menos, este misterio que viene á ser el sombrío epílogo de la terrible batalla. En la primavera de 1856, recién concluída la paz, sucedía á menudo que franceses é ingleses, saliendo de su vivaque, subían á las alturas de Inkermann, ya para ver el sitio de sus luchas, ya para decir un último adiós á los que allí descansaban para siempre. Con frecuencia no se limitaban á esta piadosa peregrinación: excitados por la curiosidad y aprovechando la seguridad conquistada, bajaban por las escarpaduras de la meseta hasta el valle del Tchernaiá. Allí, en las fragosidades de las rocas, aparecían trozos de armas y montones de restos humanos. Entonces se acordaron de la carga de los zuavos y de los cazadores argelinos, que en su furioso empuje habían precipitado al abismo sus enemigos acorralados en las crestas extremas de la montaña. Hasta en-

(1) Fay, *Souvenirs de Crimée*, pág. 127.

(2) Parte del 8 de noviembre.

tonces las hostilidades habían impedido explorar aquellos barrancos barridos por los proyectiles de ambos ejércitos. Entonces nuestros valientes enemigos pudieron completar su necrologio. Aquellos humildes y gloriosos huesos, lavados por la lluvia, blanqueados por el sol, y pronto piadosamente encerrados en sepulturas públicas, eran los restos de los soldados de Selenghinsk, muertos en la jornada del 5 de noviembre «por el zar y por la patria.»

VII

Por gloriosa que fuese la victoria, lejos de aumentar las esperanzas, disipaba las ilusiones. El día antes de la batalla se había tratado de un próximo asalto contra el baluarte del Asta, y la opinión general se había pronunciado por la acción. El día 6 de noviembre celebróse un nuevo consejo y se acordó aplazar la empresa, tan arriesgada parecía en presencia de un enemigo superior en número é igual en valentía. Lo más urgente era poner la meseta de Inkermann al abrigo de una nueva sorpresa, á cuyo efecto se construyeron tres nuevos reductos que se llamaron el *Reducto del 5 de noviembre*, el *Reducto de los Ingleses* y el *Reducto del Faro*. Además, para compensar lo débil de los efectivos ingleses, se decretó que el coronel Cler, con el 2.º de zuavos y el 3.º de infantería de marina, sería destacado del cuerpo sitiador y establecería su vivaque en medio de los campamentos británicos. Tomadas estas medidas urgentes, adoptóse un programa puramente defensivo. Frustrar con cuidado todo ataque, continuar con paciencia las obras de sitio y esperar refuerzos de Francia: tales fueron las grandes líneas de este programa. Era un plan muy prudente, y el mejor sin duda hasta completar nuestros recursos: pero, á juzgar por las simples apariencias, parecía algo modesto para victoriosos.

Los jefes subalternos y hasta los mismos soldados se hacían cargo de la situación. «Pasaremos el invierno en Crimea,» murmuraban entre dientes. Durante mucho tiempo habían esperado que todo terminaría con una batalla decisiva: la batalla había tenido efecto, pero no había hecho más que asegurar nuestras posiciones sin comprometer las del enemigo. Las noches eran ya largas y frías; la lluvia hacía penosos los transportes y los servicios: el sol, tan raro como pálido, carecía ya de fuerza para absorber la humedad de la meseta y secar los aguazales de los barrancos. Ante la perspectiva de la mala estación se oprimían los corazones. No era la nostalgia, ni menos el desaliento, sino una impresión algo sombría que contrastaba con la ordinaria indolencia del soldado.

El invierno se anunció con un huracán terrible, un verdadero ciclón, fenómeno extraordinario, aun en aquellas costas tan azotadas por las tempestades.

El 13 de noviembre, á la caída de la tarde, el cielo adquirió de pronto un tinte lívido y siniestro; el mar batió violentamente la costa; las nubes, bajando sobre la meseta y corriendo casi ras con ras del suelo, produjeron una noche anticipada. Llegada la noche, cada cual se acurrucó en su tienda, no sin ansiedad. La realidad excedió á todos los temores. El 14, á eso de las cuatro de la mañana, la tormenta que amenazaba desde la víspera estalló. Un viento espantoso, entrecortado

por los truenos y mezclado con granizo y torrentes de lluvia, barrió los vivaques, rompiendo las telas, dispersando las ropas y sacudiendo hasta las casas. Al amanecer aumentó todavía la tempestad. Pronto algunas tiendas, más sólidamente instaladas que las otras, quedaron solas en pie: todo lo demás yacía por el suelo ó volaba á merced de los torbellinos. Oficiales y soldados, privados de abrigo, doblados y derribados á veces por el huracán, se buscaban, se llamaban unos á otros y apelaban á todas sus fuerzas para resistir á los elementos. Unos se arrastraban hasta algún repliegue del terreno ó buscaban alguna quebradura de barranco para refugiarse: otros se obstinaban en recoger sus ropas, pobres riquezas cuidadosamente guardadas y únicos recursos contra las intemperies futuras. Los hombres de servicio en el cerco no eran menos dignos de lástima: el agua hacía irrupción borboteando en las trincheras, y era de temer que, desmoronándose las tierras, se echasen á perder todas las obras. El ciclón hacía otras víctimas más dignas de compasión: los enfermos ó heridos cuyas tiendas ó cobertizos de tablas habían desaparecido; devorados por la fiebre, sumergidos en su lecho, sofocados por la violencia de las ráfagas, los infelices daban terribles gritos de angustia: algunos camaradas les transportaron á duras penas á las tiendas indemnes, arrancándoles á una muerte inevitable.

Aquellos á quienes no absorbía el sentimiento de sus propios sufrimientos volvían los ojos hacia el mar, donde el riesgo era más terrible. En la misma rada de Sebastopol los barcos rusos estaban en peligro. ¿Qué no sucedería en alta mar ó en las costas? Súpose más tarde el número de averías y naufragios. En aquel funesto día nuestra marina mercante perdió varios buques, y la marina de guerra no fué menos castigada, pues el navío *Enrique IV* y la corbeta á vapor *Plutón* embarrancaron en la costa cerca de Eupatoria. En cuanto á los ingleses, la fortuna les fué más adversa todavía: de los navíos británicos, muchos naufragaron sin que se salvaran las tripulaciones; uno de ellos, el *Príncipe*, llevaba el dinero para las pagas y un cargamento de trajes de lana, cargamento mucho más precioso para aquellas pobres tropas condenadas al rudo invierno del Quersoneso.

Y el invierno se había adelantado. A partir del 14 de noviembre, la lluvia reinó durante varias semanas con raras interrupciones. «El Quersoneso, escribía el coronel Cler, parece el fondo de un estanque apenas vaciado; nuestros vivaques se hallan convertidos en aguazales, los caballos muertos cubren la tierra, y todo ofrece el aspecto de la desolación (1).» A la lluvia siguió el hielo, luego la nieve y por último un deshielo aún más incómodo que el frío.

¡Calcúlese cuánto se sufriría en aquella meseta abierta á todos los vientos! Los aliados se habían embarcado en la primavera, y no se había tomado precaución alguna para una campaña de invierno. Gran parte de los débiles recursos de que se disponía habían sido dispersados ó inutilizados por el ciclón del día 14. Al tener noticia de semejante penuria, Francia se apresuró á encargarse capotes, fajas de lana, calzado y objetos de campamento, pero había que ejecutar los encargos, reunir-

los y expedirlos; había que contar con los retrasos de los transportes marítimos y con las frecuentes tempestades del Euxino; de modo que los socorros no iban á llegar sin duda sino cuando hubiesen pasado las necesidades más urgentes.

A la falta de ropa de abrigo se unió la carencia de combustible. Inexpugnables en las alturas de la península, los aliados no podían bajar de ella sin peligro: de aquí la imposibilidad de esos servicios á larga distancia que en otras guerras han proveído al sostenimiento de los ejércitos. Para la lumbre no tenían más recursos que los cargamentos inciertos é insuficientes de los buques ó los escasos árboles de la meseta. Pronto hubieron talado todo el bosque, á excepción de los tallares reservados por la artillería para sus faginas: echaron mano después de las más insignificantes malezas, desenterraron los troncos de las viñas y utilizaron las tablas y cajones viejos. Toda esta paciente industria proporcionaba apenas los medios de cocer el rancho. Y el frío aumentaba, y con él los sufrimientos. En París impresionaron aquellas privaciones. A mitad del invierno llegaron al Quersoneso magníficas estufas, cuando no había ya nada para alimentarlas.

El transporte de víveres y sobre todo de municiones de guerra constituía otro problema de los más graves. Desde Marsella hasta Kamiesch nada había que temer, exceptuando las tempestades; pero desde Kamiesch hasta el campamento había siete ú ocho kilómetros, y los caminos, estropeados por las lluvias, hacían los acarreos casi impracticables. Hubo convoyes de artillería que emplearon varios días desde el puerto de desembarque hasta el parque grande, y desde este parque hasta las baterías era necesario un nuevo esfuerzo. Mal alimentados, extenuados de fatiga, mal protegidos contra la humedad ó el frío, los caballos sucumbían en masa, de modo que cuanto más obstáculos ponían las intemperies á los transportes, más escaseaban las caballerías. Los servicios, con frecuencia mortales para los caballos, eran peligrosos para los hombres. Pero de todos los servicios el más agravado por la estación era el de las trincheras. Era penoso para los soldados de guardia, ateridos y abrumados de fatiga, y lo era mucho más para los zapadores que cavaban la tierra fangosa ó endurecida bajo la nieve, teniendo que ejercer doble vigilancia contra el enemigo, siempre dispuesto á lanzarse fuera de sus murallas, y contra los elementos, casi tan temibles como el enemigo.

Al principio estas tristezas y sufrimientos no parecieron influir en el estado sanitario. Hasta sucedió que el cólera, bastante violento en septiembre y octubre, disminuyó durante los dos meses siguientes y no causó más que insignificantes pérdidas (2). Los más optimistas decían que la juventud reemplaza á los abrigos, y esta idea les tranquilizaba. La ilusión duró poco. Al bajar la temperatura, los médicos vieron afluir enfermos, unos atacados de disentería y otros de afecciones pulmonares; luego la ausencia de todo alimento vegetal engendró el escorbuto: más tarde presentóse el tífus, aunque por fortuna no tomó incremento. En lo más riguroso del invierno empezaron á presentarse casos de

(2) Las defunciones cólericas fueron 289 en octubre, 129 en noviembre, y 88 en diciembre (Scribe, *Reseña médico-quirúrgica*, páginas 127, 131 y 136).

(1) Correspondencia inédita.